
GEOGRAFIA DE LA CRISIS Y CAMBIOS GEOECONOMICOS

DOMINGO FELIPE MAZA ZAVALA

En la ciudad de Mérida entre los días 19 al 23 de marzo de 1990, se realizó el II Congreso Venezolano de Geografía, en cuya ocasión el Dr. Maza Zavala presentó el presente trabajo: "... Múltiples disciplinas del conocimiento, tanto en el ámbito de la naturaleza como en el de la sociedad, concurren en el análisis y la investigación del hecho geográfico, que no es descanada realidad física sino expresión compleja de la actividad humana en sus diferentes dimensiones interrelacionadas. Por tanto geografía y economía no solo tiene fronteras comunes sino tambien objetos comunes de conocimiento (...) existe la Geoeconomía como ciencia de la localización, transformación y utilización del espacio natural para la creación de la riqueza y para el desarrollo integral de la vida humana..."

INTRODUCCIÓN

Comienzo por advertir que mi presencia en este Congreso puede explicarse, dada mi profesión de economista, por el carácter de ciencia social que tiene la Geografía. Múltiples disciplinas del conocimiento, tanto en el ámbito de la naturaleza como el de la sociedad, concurren en el análisis y la investigación del hecho geográfico, que no es descarnada realidad física sino expresión compleja de la actividad humana en sus diferentes dimensiones interrelacionadas. Por tanto, geografía y economía no sólo tienen fronteras comunes sino también objetos comunes de conocimiento: deseo señalar que más que una geografía económica a la manera tradicional, existe la *Geoeconomía* como ciencia de la localización, transformación y utilización del espacio natural para la creación de riqueza y para el desarrollo integral de la vida humana. Huelga mencionar la relación de interdependencia que existe entre el hombre y el espacio natural. Lamentablemente, con frecuencia y en muchos aspectos, esa relación no ha sido equilibrada sino depredadora por parte del ser humano, cuya racionalidad en este sentido parece inferior a la de los animales no pensantes.

La comprensión de la dinámica natural que ha logrado el hombre en su afán científico no corre pareja con el desarrollo cultural del aprovechamiento de los recursos originarios del globo; el crecimiento económico en buena medida es una hazaña perversa, realizada a expensas del patrimonio natural, que de este modo ha sido disminuido irreversiblemente no sólo en cuanto a condición primigenia de la producción sino también, y más peligrosamente, en la de medio ambiente para la existencia humana. La civilización capitalista, mucho más que ninguna anterior, se ha erigido sobre la destrucción o esterilización de las que deberían tenerse como reservas vitales para la sustentación humana, en el largo futuro que parece ofrecerse en estos tiempos de aproximación a

la paz. Aunque el adelanto científico/tecnológico permite cada vez más la economía de materias primas y la abundancia de alimentos, no ha superado todavía, y es posible que nunca llegue a superar, la necesidad de espacio físico, de agua, de aire, de luz solar, de paisaje, de la compañía de otros seres vivos del reino de la naturaleza, en esta morada que a pesar de los desiertos, los huracanes y los sismos, y a pesar del hombre mismo, es nuestro paraíso terrenal.

Hay razones, por ello, para sentirme bien en esta reunión de geógrafos, de científicos sociales, en el empeño compartido de encontrar una ruta, una orientación, una conciencia para el desarrollo de la sociedad venezolana en el territorio multiforme, de tan variados accidentes, que llamamos Venezuela.

I. LA HETEROGENEIDAD HISTÓRICA

En una visión general y no especializada se distinguen tres grandes espacios en el territorio venezolano: el costero/montañoso, el de las tierras llanas y el de los grandes bosques. Esta división elemental de la geografía tiene mucho que ver con el desenvolvimiento histórico del poblamiento y la economía. Desde el pasado indígena hasta bien entrado el siglo XX la estrecha franja de montaña y costa, con sus derivaciones inmediatas, fue el asiento principal de pueblos y actividades, más propicio naturalmente a la vida humana y a los cultivos básicos vegetales, a los establecimientos urbanos y al florecimiento de las culturas. Durante la colonia se acentuó esta circunstancia en virtud del carácter que asumió la economía entonces, repartida entre la actividad agroexportadora y la de simple subsistencia. La colonización no se extendió uniformemente en el territorio sino que se hizo más densa, en lo relativo, en los valles cordilleranos, en el litoral caribeño y en las estribaciones montañosas. Sin embargo, en las anchas tierras llanas, entre las cordilleras y la selva guayanesa, se estableció una ganadería extensiva, de inmensos hatos dispersos, en un medio natural poco propicio que fluctuaba entre las sequías y las inundaciones y donde el hombre, paradójicamente se empequeñecía y se engrandecía en la inmensidad de las sabanas. Más allá del Orinoco se sostenían esforzadamente misiones y avanzadas de poblamiento, prácticamente al borde del enorme e intrin-

cado mundo vegetal fluvial y también montañoso que forma parte de la región amazónica.

Los llanos en el siglo XIX y parte del XX fueron escenario de guerras y asonadas y medio propicio para endemias y epidemias tropicales; los que pudieron emigraron a las tierras altas; poblaciones que habían sido prósperas se convirtieron en ruinas y cementerios; las casas muertas, las calles polvorientas y tristes, las sabanas quemadas eran testimonio de una historia compartida entre la hazaña heroica y la desolación. Guayana, al sureste, era tierra de aventureros, buscadores de fortunas frustrados, caucheros explotados, el tenebroso imperio de Canaima.

Las tres Venezuelas

Aquella diversa realidad geográfica, histórica, económica y social fue el fundamento de la tesis de las tres Venezuelas, entre cuyos ilustres exponentes hay que mencionar a Arturo Uslar Pietri. Tres Venezuelas que eran como tres distintos países coexistentes en un marco nacional de formalidad jurídica. Tres Venezuelas separadas inclusive físicamente por dos elementos geográficos: las cordilleras andinocosteras y el Orinoco. También, quizá, podría hablarse de cuatro Venezuelas: la andina, la centrocostera, la llanera y la amazónica, de las cuales la centrocostera históricamente ha ostentado el mayor grado comparativo de crecimiento, progreso y bienestar.

La emergencia del petróleo en nuestro siglo —para nosotros este es el siglo del petróleo— modifica, no en sentido geográfico sino geoeconómico, la estructura especial prevaleciente hasta el siglo XIX. Las cuencas petrolíferas se distribuyen entre el oriente y el occidente del país, principalmente, y una nueva realidad en cuanto a la ocupación del territorio se incorporen en el cuadro nacional. La riqueza extraída del subsuelo, como la cosechada en las plantaciones de café o cacao, toma el camino de los mercados extranjeros. Venezuela crece hacia afuera, extrovertidamente, desde la colonia hasta nuestros días y el espacio se ordena en función del comercio exterior. La infraestructura vial se orienta hacia los puertos y los centros urbanos de mayor crecimiento situados en la vecindad de las costas.

Heterogeneidad estructural

La incorporación de la actividad petrolera en el territorio contribuye a acentuar el fenómeno de la *heterogeneidad estructural*, característico de los países subdesarrollados. El cuadro tradicional, dentro del cual podían distinguirse un sector agroexportador, uno de subsistencia y uno de incipiente desarrollo de actividades urbanas, se modifica al incluirse el sector petroexportador bajo el dominio directo del capital extranjero. La explotación de petróleo a partir de 1926 constituye el elemento dominante de la economía, y determina cambios significativos en la ubicación de la población, en la agricultura, en la utilización del espacio físico y en la administración pública, entre otros aspectos. Desplazamientos de población desde los campos hacia las zonas petroleras y urbanas hacen que el mapa demográfico del país adquiera un nuevo diseño, algo diferente al tradicional. Nuevos centros poblados surgen junto a los balancines y las torres de perforación. La agricultura de subsistencia vecina a los campos petroleros encuentra un mercado natural; este mismo hecho favorece la modernización y el establecimiento de fincas de mayor escala productiva, mientras que en otros lugares la operación exploratoria y extractiva trastorna a la ganadería que se encontraba sumergida en las viejas prácticas heredadas de la colonia. Los puertos, a través de los cuales se efectuaban las modestas exportaciones agrícolas y se importaban cantidades igualmente modestas de artículos, tienen que ensanchar sus instalaciones y capacidades para la importación creciente que permiten los mayores recursos que el petróleo suministra; y se abren nuevos puertos para los embarques de hidrocarburos y para las importaciones de las compañías petroleras. Se forman de esta manera tres nuevos componentes del cuadro estructural del país; el enclave petrolero bajo el dominio del capital extranjero, la agricultura modernizada parcialmente para suministro interno y las concentraciones urbanas en las que se realizan las actividades administrativas y donde residen las familias favorecidas por la nueva situación. El ingreso fiscal petrolero, si bien no proporcionado a la contribución que hace el país en cuanto a recursos naturales, fuerza de trabajo y asiento de las empresas explotadoras, registra cifras sin precedentes en la historia de la pobreza que caracterizó al Estado venezolano desde su nacimiento hasta las primeras décadas de este siglo, ese ingreso, generado en la combinación

de factores y recursos geográficamente localizado en el oriente y el occidente del país, es gastado o capitalizado principalmente en los centros urbanos de la región nortocentral. Persisten junto a las nuevas franjas estructurales geoeconómicas las tradicionales: la agricultura de exportación y de subsistencia, el decaído artesanado afectado por la importación y labores recolectoras y de pequeña minería aluvional en Guayana.

La heterogeneidad es no sólo económica sino también social. La nueva riqueza del petróleo y de las actividades que contribuye a fomentar no se difunde equitativamente entre las capas de la población, ni entre las regiones del país; más bien se acentúa la desigualdad socioeconómica, la riqueza, el ingreso y el bienestar se concentran en grupos privilegiados a la sombra del poder político, la pobreza se muestra en perfiles más agudos; inclusive en las regiones petroleras coexisten grandes manchas de pobreza crítica con islas de relativa prosperidad. Los poblados levantados en la vecindad de los campamentos petroleros o aun dentro de ellos concentran penosamente las lacras de la degradación social, junto a los cotos cerrados donde viven y trabajan los agentes del capital extranjero y los técnicos importados. Pocos de esos establecimientos surgidos como fantasmas en la geografía del petróleo sobreviven. En la geografía colonial latinoamericana hay ejemplos dramáticos de este fenómeno; la ciudad del Potosí creció al impulso de la extracción de plata en el antiguo virreinato del Perú y llegó a tener 160.000 habitantes y hoy es sólo sombra; Manaus en el corazón del Brasil prosperó con la aventura del caucho, y dicen que hasta Caruso cantó en medio de la selva. Los ciclos del petróleo se manifestaron en ondas de falaz prosperidad seguidas por otras de ruina y abandono en diferentes zonas del país; también el petróleo, como antaño las pestas del llano, tiene sus casas muertas.

II. LA GEOECONOMÍA ACTUAL

Hoy no es sostenible, desde el punto de vista económico/social, la tesis, de las tres Venezuelas. La regionalización, en este sentido, no es precisa, los contornos son difusos. Por supuesto, la división político/territorial que quedó como recuerdo de la Federación no tiene mucha

coincidencia con las divisiones económicas, sustentadas estas en una cierta especialización en actividades, una constelación más o menos definida de recursos naturales, pero también algunos rasgos históricos que se manifiestan en vínculos internos culturales y de intercambio. Los espacios vacíos de la geografía que aprendimos en las aulas escolares hace más de medio siglo ya no existen prácticamente. En los llanos occidentales tuvo lugar una verdadera revolución verde desde comienzos de la segunda mitad del siglo; son hoy ricos graneros del país y asiento de una ganadería en expansión con procedimientos y medios modernos, poblaciones viejas y nuevas han florecido en las cuales los servicios públicos y privados, no obstante sus diferencias, hacen menos incómoda la vida que en tiempos pretéritos. También en los llanos orientales tiene lugar otra revolución agroforestal; coexisten con los cultivos modernos y la mejorada ganadería bosques de pinos sembrados y mantenidos de manera planificada. En los propios llanos centrales la agricultura vegetal cobra importantes espacios junto a la cría. Las tierras llanas no son hoy, por tanto, los lugares de infinita soledad y de abrumador atraso que describieron novelistas y cronistas de fines de siglo pasado o las primeras décadas del actual. Guayana, aunque en parte sigue siendo selvática primitiva, se ha transformado en la zona de influencia del Caroní y del segmento oriental del Orinoco, al servir de asiento a grandes industrias básicas y un potencial hidroeléctrico de grandes dimensiones, además de la minería y de las promisorias perspectivas de la franja petrolífera del Orinoco. Coexiste la aventura del buscador de oro y diamantes con una población obrera calificada y núcleos técnicos de mayor adelanto.

La falacia de la maldición del petróleo

Tres ejemplos pueden mencionarse para desvirtuar la especie fatalista de la maldición del petróleo; el del Zulia, el de Anzoátegui y el de Monagas, zonas petroleras mayores donde aun se descubren nuevos yacimientos, son también emporios agropecuarios, lugares de notable industrialización vinculadas parcialmente a la producción agrícola y de hidrocarburos, ejes comerciales y de servicios, con potencialidad turística en vías de realización. La actividad petrolera es factor de transformación si se supera el impacto inicial de un elemento dinámico nuevo en una

vieja estructura, provoca una conmoción que arrastra a actividades tradicionales, las cuales o sobreviven modernizándose o desaparecen. La cruda lección de los campamentos petroleros abandonados y de los poblados de aluvión al parecer ha sido aprendido en esas regiones. No puede afirmarse lo mismo del país en conjunto.

La concentración y la centralización

Sin embargo, la región centro costera del país, en la cual se sitúa el Área Metropolitana de Caracas, concentra, como siempre, una proporción elevada de la población y las fuentes principales de creación del producto bruto interno, con excepción del petróleo. Las condiciones de vida mejores, en términos relativos, son disfrutadas, de manera desigual por cierto, por la población de esta región que refleja el alto grado de centralización en el orden administrativo, financiero, político y cultural, característica tradicional de la organización nacional. Con excepción de Guayana, las zonas industriales más importantes están ubicadas en el eje que se extiende, en forma de arco irregular, de Caracas a Puerto Cabello, en la vecindad de los puertos más activos. Los salarios más elevados, con excepción de los petroleros, se pagan en la región considerada. La fuerza financiera y comercial del país se concentra en ella. Las decisiones públicas y privadas que afectan el curso de la economía son tomadas en la región metropolitana. No es necesario insistir en otros aspectos para establecer el hecho de la desigual distribución interregional e intrarregional del ingreso, la potencialidad económica y política y el bienestar, en los términos relativos en que han sido situados por la crisis global que sufre el país.

III. SITUACIÓN ECONÓMICA ACTUAL

La década de los ochenta, concluida hace poco, fue de regresión económica para Venezuela, como para toda América Latina en general, sin precedentes en la historia nacional. Aun admitiendo las cifras macroeconómicas convencionales, que expresan los resultados variables de la actividad económica y que en alguna forma y medida subestiman la profundidad de la depresión, en el período 1980-89 se registró un descenso del producto bruto interno por habitante del orden del 27 por

ciento, por lo que este valor se situó en 1989 prácticamente al nivel que tenía en 1967, es decir, no hemos perdido una década sino dos en esta dimensión. Porque la población crece continuamente, a un ritmo promedio anual de 2,4 por ciento, mientras que el producto acusó en la década considerada un crecimiento menguado de poco más de 3 por ciento en todo el período. Si asumimos que la población, en su parte activa, es un factor primordial de producción, el descenso señalado en el producto económico no puede interpretarse más que en dos circunstancias: la primera es que el potencial humano ha sido insuficientemente aprovechado, es decir, han aumentado el desempleo y el subempleo; la otra es que la productividad media del trabajo ha disminuido. La tasa de desempleo, en efecto, sufrió una fluctuación amplia en el período considerado, para situarse en 13 por ciento en 1989, como había sido al comenzar el decenio. El subempleo, es decir, la insuficiencia de la ocupación, la irregularidad en el ingreso obtenido, el carácter aleatorio y aluvional de la actividad, afecta al 40 por ciento de la fuerza de trabajo activa. Aunque no dispongo de información fehaciente sobre la evolución de la productividad —cuya medición es, por otra parte, compleja— tengo el recurso de los hechos observables; la producción global neta del país ha descendido más que el empleo, o, mejor dicho, la producción por habitante en términos físicos se han contraído. Este no es un fenómeno de simple expresión estadística sino de penosas consecuencias sociales. Dedicaré a ello algunas rápidas consideraciones.

Población y economía

El crecimiento de la población implica el de las necesidades que deben ser satisfechas: alimentación, alojamiento, defensa de la salud, educación, seguridad social, transporte, comunicaciones, recreación, en lo fundamental. Estas necesidades tienen un costo creciente en nuestro tiempo, a pesar del progreso tecnológico, y por ello su satisfacción exige la asignación de mayores recursos. Además, las necesidades, aun en su dimensión más elemental, se desenvuelve en planos cualitativos cada vez más elevados, porque la sociedad debe mejorar, porque la calidad de vida debe aumentar. En esta década de crisis ni la cantidad ni la calidad de los medios para atender las necesidades han sido suficientes para mantener, siquiera, la situación alcanzada en la década anterior. El

consumo real de bienes y servicios ha disminuido considerablemente, el déficit habitacional ha aumentado; en 1981 se cifraba en 663.000 unidades de vivienda, un 65 por ciento en el área urbana y un 35 por ciento en la rural, un 45 por ciento en la región compuesta por el Distrito Federal y los estados Aragua, Carabobo y Miranda; es razonable estimar que para 1989 el déficit habitacional sobrepasa las 900.000 unidades de vivienda. La población ha aumentado de 13 millones en 1975 a 19 millones en 1989; la urbana representa más del 80 por ciento. La población está muy desigualmente repartida en el territorio; hacia mediados de la década, en 1985, el 40 por ciento de aquella estaba localizada en la región ya mencionada, con centro en el Area Metropolitana de Caracas; la densidad demográfica en esta región era de 243 habitantes, mientras que en las regiones petroleras (Anzoátegui, Monagas, Zulia) era de 24, en Bolívar de 26, en Los Andes de 61; y aún en cada región hay un índice elevado de concentración poblacional. Según las proyecciones oficiales (OCEI) para el presente año la población ascenderá a 19.735.000 habitantes, el 58 por ciento reside en la región norte/central y las petroleras y un 10 por ciento en Los Andes. En las áreas metropolitanas del país (Caracas, Maracaibo, Valencia, Maracay, Barquisimeto, Barcelona/Puerto La Cruz y Ciudad Guayana) reside prácticamente la mitad de la población nacional. Las tendencias demográficas permiten anticipar—salvo circunstancias extraordinarias— que para el año 2000 dichas áreas urbanas continuarán siendo el asiento de la mitad de la población, proyectada en la cantidad de 24.715.000 para fines de siglo. La elevada concentración urbana de la población origina problemas diversos de orden económico, social, administrativo y de seguridad, entre otros los siguientes: desabastecimiento de productos básicos de consumo, congestionamiento, insuficiencia y deficiencia de los servicios públicos y sociales, escasez de viviendas, carestía de terrenos edificables, hacinamiento humano, marginalidad socioeconómica, aumento de costos de la infraestructura física, masificación de las actividades administrativas, proliferación de la delincuencia, además de favorecer los desequilibrios neurológicos. El desempleo urbano siempre es mayor que el rural. Estos problemas se han agravado con la crisis de la década de los ochenta y los recursos reales para atenderlos son relativamente más escasos que hace diez o quince años.

La desocupación se distribuye desigualmente entre las regiones. Guayana registra la tasa más baja (6 por ciento en 1989) y la región Central la más alta (13 por ciento el segundo semestre de 1989); el Área Metropolitana de Caracas acusa una tasa de desocupación de 7 por ciento, mientras el Zulia tiene un 10 por ciento y la región nororiental un 12 por ciento. En las áreas metropolitanas mayores la desocupación es parcialmente encubierta por la informalidad de las actividades posibles, principalmente en el sector de servicios. En Venezuela la tasa de desocupación pasó de menos de 6 por ciento en 1988 a 10 por ciento en 1989, según las cifras oficiales. Sin embargo, estimaciones oficiosas de medios sindicales y empresariales sitúan el desempleo (un criterio distinto del puramente ocupacional) en 13 ó 14 por ciento.

Efectos socioeconómicos

La baja sensible del consumo real afecta particularmente a la alimentación. Los estratos socioeconómicos más pobres, cuyos ingresos nominales están dentro del precario margen de la simple subsistencia, tienen que asignar a los gastos alimentarios alrededor de un 60 por ciento de sus ingresos familiares, en razón de lo menguado de éstos y del alza persistente del costo de vida. El índice de precios de alimentos al consumidor se elevó en más de 100 por 100 en 1989, en comparación con 32 por ciento en 1988 y con 9 por ciento en 1983. Se observa alguna dispersión entre los centros urbanos del país en cuanto a las variaciones del índice de precios al consumidor. En 1985, por ejemplo, mientras en Caracas la tasa de aumento fue de 11,4 por ciento, en Maracaibo fue de 15,2 por ciento, en Valencia de 13,2 por ciento, en Barcelona/Puerto La Cruz de 14,3 por ciento. En 1989 esa dispersión, aunque persistente, es menos amplia. La insuficiencia del poder adquisitivo popular es más sensible en cuanto a la alimentación y sus consecuencias más graves que en cualquier otro rubro del consumo, por razones obvias: el déficit alimentario, principalmente en proteínas, afecta particularmente a la población infantil y preocupa la formación psicofísica de las nuevas generaciones que están bajo el riesgo de desnutrición grave, lo que limita su desarrollo orgánico y mental. Los jóvenes del siglo XXI en buena parte sufrirán los efectos negativos de las carencias vitales, incrementadas en estos tiempos de crisis. Apenas es necesario señalar que la

desnutrición abate las defensas contra las enfermedades y limita drásticamente el aprovechamiento escolar.

El problema de la vivienda se agrava con el crecimiento de la población y su elevada concentración urbana. En los últimos diez años, y particularmente los últimos tres años, ese problema se ha tomado muy crítico, en razón del alza desmesurada de los costos de construcción, de los precios de los terrenos, de las tasas de interés para hipotecas y del costo de vida en general que no permite asignar a la adquisición o alquiler de vivienda más de un 20 ó 25 por ciento del ingreso familiar, en los estratos bajos y medios. Alrededor de un 30 por ciento de las familias venezolanas no tiene techo estable; las que viven en ranchos insalubres, inseguros y precarios representan un 20 por ciento. Es difícil actualmente la formación de nuevos hogares por causa de la carestía de la vivienda y ello significa una amenaza para el desarrollo social. La política habitacional que se implementa en el presente sólo permite atender a los estratos más pobres, en el criterio restringido de vivienda social. La llamada clase media tiene que sufrir el deterioro de su nivel de vida y su progresiva proletarización, no sólo en el aspecto de la vivienda sino también en el de la educación, la defensa de la salud y las exigencias de su situación social.

La localización de la pobreza

La pobreza está desigualmente distribuida en el territorio. Es ya lugar común el señalar los casos extremos de los estados Sucre y Trujillo; pero también hay grandes manchas de pobreza crítica en las restantes regiones, en los llanos centrales y del sur, en Guayana, en el Zulia, inclusive en la región nortecentral, en los territorios federales y el Area Metropolitana de Caracas. El mapa de la pobreza apenas presenta zonas de tolerable nivel de vida. El mapa socioeconómico urbano es dramático por sus contrastes tan agudos: en Caracas, el este globalmente considerado es zona relativamente privilegiada y allí se concentra lo mejor de la infraestructura física de servicios y las viviendas que satisfacen los requerimientos normales; hacia el norte, el oeste y el sur, se aprecian islas relativamente favorecidas en urbanismo, mientras que son amplias las zonas de pobreza extrema. Los muy pobres y marginales trepan los

cerros donde son escasos y muy deficientes los servicios más elementales, mientras los privilegiados ocupan las colonias suaves donde la ingeniería y la arquitectura hacen prodigios de aprovechamiento del espacio y de elegancia habitacional.

La geografía de la crisis puede examinarse en dos actividades principales: la agricultura y la industria. La primera, en su formación moderna, vinculada al mercado interno, con escasa proyección al mercado exterior, pero dependiente en alto grado de los suministros extranjeros (insumos, equipos, tecnología), sufre altibajos en su evolución, merced a los cambios de política tanto como los de gobierno. Lejos de alcanzar la seguridad alimentaria, cuya mejor expresión sería la *soberanía alimentaria* como elemento básico de la soberanía económica, la agricultura en los últimos años está en vías de colapso, afectada en su estabilidad económica tanto desde el lado de los costos como del lado de la demanda: la llamada política de ajustes implantada por el gobierno en febrero de 1989 ha quebrantado el sector agrícola mediante la supresión parcial de subsidios a fertilizantes y alimentos para la cría, el alza de los precios de otros insumos y de los equipos impulsada por la devaluación del bolívar y el aumento sustancial de los intereses; por otra parte, el deterioro continuo del poder adquisitivo de la mayoría popular determina una contracción de la demanda de productos agrícolas en términos reales, del orden de un 35 por ciento. De no rectificarse cuanto antes esa política, en lo que se refiere al campo, la perspectiva será de recurrencia creciente a la importación para atender la demanda de tales productos. El año pasado se redujeron drásticamente las actividades agrícolas, llegando hasta la liquidación de plantales de cría y reproducción que se formaron con mucho esfuerzo.

La industria manufacturera, que creció bajo los auspicios de la política de sustitución de importaciones en las décadas de los sesenta y setenta, padece su propia crisis, además de la crisis económica general: favorecida por un régimen de protección y asistencia del Estado no selectivo y un tanto irracional, le fue relativamente fácil progresar en un mercado interno cautivo, en buena medida bajo el dominio de posiciones monopolísticas u oligopolísticas, cautiva a su vez de las corporaciones transnacionales que controlan la tecnología, las marcas y patentes,

junto con los equipos, cuyos suministros se podían sufragar merced a la cuantiosa disponibilidad de divisas que generaba el petróleo y luego la deuda externa; este mercado interno conformado a la sombra de un patrón regresivo del ingreso y de una deformación cultural que propiciaba el consumo supérfluo en detrimento del consumo esencial, correspondía a un perfil de demanda estratificado que excluía virtualmente a grupos amplios de consumidores; por otra parte, por razones técnicas en buen número de casos, la capacidad productiva instalada tiende a exceder la dimensión del mercado así restringido y ello implica una sobre carga de costos, que junto con las muy elevadas ganancias determinan un nivel de precios elevado y creciente (inflación estructural). El agotamiento relativo del modelo petrolero primario/exportador -fenómeno significativo de la crisis- acerca los límites de expansión del mercado y del sostenimiento de la forma de producción industrial prevaleciente en el período 1959-78. En la década de los ochenta la industrialización entra en una nueva fase: favorecida en principio por la devaluación, no puede aprovechar todas sus ventajas por la razón de la propia dependencia externa que hace más costosos los suministros en términos de la moneda nacional, y también por la contracción de la demanda interna. Tampoco se le facilita la exportación de sus productos en un mercado internacional restrictivo (proteccionismo de los países industrializados), con fuerte competencia monopolística y parcialmente deprimido (al mercado latinoamericano y del Caribe) y, por otra parte, adolece esta industria de capacidad de competencia, habituada a la cautividad de la demanda interna. Para sobrevivir, la industria manufacturera tiene que transformarse, reorganizarse en sus patrones de inversión y producción, dejar de descansar en la entera e inconsistente protección oficial y desarrollar sus propias iniciativas y potencialidades. La crisis industrial, dentro de la crisis general, afecta particularmente a las regiones donde las fábricas han sido establecidas, la gran mayoría en la faja costero/montañosa central, dentro de las concentraciones urbanas y en la vecindad de los puertos. Los principios de localización se orientan ahora a favorecer el establecimiento industrial en las zonas de origen de las materias primas (agrícolas, forestales, mineras, petroleras) y de las fuentes de energía hidroeléctrica (Guayana y probablemente Uribante/Caparo). Aunque también existe una tendencia estimulada oficialmente al fomento de la llamada industria maquiladora

(prácticamente de ensamblaje de partes importadas bajo régimen de suspensión aduanera, para su reexportación), cuya localización preferente sería en la vecindad de las zonas portuarias, de abundante fuerza de trabajo, como los estados Sucre, Nueva Esparta, Anzoátegui y Falcón.

Especial consideración merece la concentración de industrias en la parte nororiental del estado Bolívar, todas ellas bajo el control del Estado o bajo sus auspicios. Estas industrias, cuya función principal debía ser la de sustentar un desarrollo secundario, de transformación real de los productos básicos, mediante el aprovechamiento de la energía hidroeléctrica a bajo costo, para el abastecimiento del mercado interno y para la exportación, se han limitado a la fase de producción de materias primas (hierro, acero, aluminio) principalmente para exportación y no existe una política de fomento de actividades "aguas abajo" que daría estabilidad al conjunto y justificaría las ingentes inversiones hechas allá por el Estado. Al parecer se tiene la idea de que esas industrias básicas deben ser generadoras de divisas para complementar las que se obtienen del petróleo, lo que es razonable en un horizonte de mediano plazo, pero no lo es en una perspectiva de largo plazo, en que, como he señalado, su justificación principal debería ser la de servir de base a un desarrollo industrial derivado, que incorpore altos coeficientes de valor agregado en la producción tanto para el mercado interno como para el internacional.

La crisis y los cambios económicos

La crisis, fenómeno contradictorio, pues al mismo tiempo que destruye fuerzas productivas y fuentes de bienestar abre forzosamente oportunidades de rectificación de rumbos equivocados y de recreación de bases productivas, debe generar cambios en la geografía económica y social del país, algunos de los cuales he indicado. El equilibrio interregional e intrarregional tiene que lograrse mediante reformas institucionales, administrativas, económicas y de comportamientos sociales. La tesis de los polos de crecimiento, en boga hace treinta o veinte años, no ofrece soluciones al problema del desequilibrio geoeconómico; más bien los polos de crecimiento contribuyen al desequilibrio, creando nuevas concentraciones y marginando zonas del país. Lo que hay que

desarrollar son las potencialidades naturales y adquiridas de las diversas regiones, para que alcancen un grado posible de autonomía, ya que la autosuficiencia integral es sólo un *desideratum* teórico. En este sentido hay que procurar corregir los desequilibrios más profundos mediante un plan de equidad interregional: los recursos administrados por el poder central deben ser utilizados justamente para apoyar con mayor fuerza a las regiones crónicamente deprimidas, sin dejar por ello de asignar recursos para el desarrollo de las que están en mejor situación.

Se estima que la inversión extranjera, que ahora es un señuelo para la privatización económica y para la praxis del neoliberalismo, puede beneficiar a regiones y zonas del país necesitadas de impulso para superar su decaída economía y su grave situación socioeconómica. Huelga decir que el capital privado, sea venezolano o extranjero, no se mueve por consideraciones de interés público o social sino por el elemental acicate de la ganancia. Por tanto, aunque se ofrezcan incentivos, exoneraciones y estímulos para que aquella inversión se oriente a regiones deprimidas o de insuficiente crecimiento relativo, si no hay oportunidades concretas de elevada rentabilidad privada, no se logrará una orientación de esos recursos en concordancia con los objetivos de equidad geoeconómica. La inversión extranjera directa se distribuía en el país, en 1982, del modo siguiente: 80 por ciento en las regiones capital y central y 6 por ciento en las regiones petroleras y Bolívar. En 1986, con un incremento de dicha inversión del orden de 30 por ciento con respecto a 1982, la distribución especial se había concentrado más aun en las regiones capital y central. Parece indispensable que el correctivo inversionista, en relación con la planificación regional, esté esencialmente a cargo del Estado.

Reconversión económica y exportación

La estrategia de reconversión económica que orienta la gestión del gobierno en este quinquenio hace énfasis en la exportación como una salida a la crisis. Sin dejar de apreciar positivamente la función exportadora en la dinámica del crecimiento, considero que la estrategia de reestructuración económica debe ser integral y equilibrada, en el sentido de la transformación del aparato productivo para hacerlo apto y eficiente

tanto para atender al mercado interno como para proyectarse en el internacional; en otros términos, el crecimiento no tiene por qué ser "hacia adentro" o "hacia afuera" exclusivamente, sino orgánico, interdependiente. Valdría la pena indicar que en lugar de pensar en nuevos ensamblajes industriales para la reexportación, existen grandes posibilidades para el desarrollo de la industria agrotransformadora, en las propias zonas de producción, y de aquellas otras que elaboren hidrocarburos, minerales, productos forestales y pesqueros. Así, mientras la agroindustria puede localizarse en los llanos occidentales, en el Zulia, Lara, Los Andes y la región nortecentral, la petroindustria puede hacerlo en Zulia, Falcón, Anzoátegui, Monagas, y las basadas en minerales en Guayana y otras zonas, las de elaboración forestal en Monagas, Anzoátegui, Los Andes y la pesquera en Oriente y Falcón, sin que esta indicación sea exhaustiva. Hay que asignar los recursos disponibles a la producción esencial, con elevada prioridad, y a la exportación selectiva para la cual pueden revelarse ventajas comparativas.

Hace falta, sin embargo, incorporar nuevos elementos a la infraestructura física del país, que permitan una integración dinámica del territorio y la economía. Al respecto destaca la ausencia de una red ferroviaria en coordinación con la red de carreteras y con el eje fluvial de Guayana. No vayamos a acentuar el sesgo de la vialidad hacia los puertos: hay que hacer del país una unidad efectiva y dejar atrás la penosa imagen de los grandes espacios vacíos y aislados. Aun resuena en la lejanía llanera el grito alucinado de Santos Luzardo: "allá viene el ferrocarril".

EL ENTORNO INTERNACIONAL

Cambios trascendentales ocurren en el mundo. Tanto el mapa geopolítico como el geoeconómico de Europa reflejan transformaciones que hacen movедizas las fronteras de los bloques mundiales de poder, y existe la posibilidad de que nuevos estados nacionales independientes aumenten la nómina de las Naciones Unidas. Por la misma razón, la economía mundial podría avanzar en la ruta de una mayor integración mediante la apertura de los países llamados socialistas a las corrientes de comercio, inversiones, tecnologías y patrones de consumo del mundo occidental capitalista. El desarme relativo y el alivio de las

tensiones Este/Oeste liberan grandes recursos económicos que al aplicarse a la producción civil permiten no sólo la aceleración del desarrollo sino también el mejoramiento de la calidad de vida de la humanidad. Quizá se aproxima una nueva edad de oro del progreso humano, no exenta, sin embargo, de riesgos y contradicciones.

La economía de mercado gana terreno a la economía centralmente planificada y dirigida. Aquella forma de realización de actividades económicas no consiste en la libre competencia tradicional sino en la competencia intermonopólica, con una periferia de medianas y pequeñas empresas que giran, de uno u otro modo, en las zonas de influencias de las grandes corporaciones transnacionales. En el mismo sentido se observa que la fuerza económica y tecnológica se concentra en tres circuitos: la Comunidad Económica Europea -que ahora puede ampliarse para comprender países de Europa Oriental-, Norteamérica (EE.UU. y Canadá) y al Sudeste asiático (Japón y los cuatro dragones). Fuera de esos circuitos, que intensifican mutuamente sus relaciones, quedan: China, La India, Brasil (tres gigantes en sí mismos), la multinación árabe, el Africa negra, la América Latina y otros pequeños países que hasta ahora se clasificaban conjuntamente como el Tercer Mundo, pero que en lo sucesivo va a ser necesario encontrar otra caracterización. Para poder alcanzar alguna opción de desarrollo en esta nueva y compleja realidad mundial, este conjunto de países tienen que ensayar.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

1. La Geografía es una ciencia social, como la Economía. Las vinculaciones entre estas disciplinas dan lugar a la *Geoeconomía*, como ciencia de la localización, transformación y utilización del espacio natural para la creación de riqueza y el desarrollo integral de la vida humana.
2. La heterogeneidad estructural es un fenómeno histórico en Venezuela como en los otros países de la América Latina. Una visión elemental, superada por el acontecer nacional, permitió distinguir tres grandes espacios en el territorio venezolano, no sólo en lo geográfico sino también en lo económico, demográfico

co y social: el costero/montañoso, el de las tierras llanas y el de los grandes bosques. Estas tres Venezuelas eran como otros tantos países coexistentes en un marco nacional de formalidad jurídica. Quizá podría hablarse mejor de cuatro Venezuelas: la andina, la centrocostera, la llanera y la amazónica, de las cuales la centrocostera ha ostentado siempre el mayor grado comparativo de crecimiento, progreso y bienestar.

3. En esa Venezuela prepetrolera podían reconocerse varios segmentos estructurales: la economía agroexportadora tradicional, la economía de subsistencia y una incipiente economía urbana de artesanía y servicios. La emergencia del petróleo modifica la estructura espacio/económica: la nueva actividad, bajo el dominio de capital extranjero hasta 1975, se localiza principalmente en el oriente y el occidente. El eje agroexportador es desplazado por el eje petroexportador. La heterogeneidad estructural se complica: a los segmentos tradicionales se agregan: el enclave petrolero, un sector agrícola en vías de modernización y una incipiente industria manufacturera.
4. La heterogeneidad es no sólo económica sino también social. La incorporación del petróleo acentúa la desigualdad socioeconómica entre la población y las regiones. Los perfiles de la pobreza se agudiza.
5. Actualmente no es sostenible, en lo económico/social, la tesis de las tres Venezuelas. La regionalización, en este sentido, no es precisa, los contornos son difusos. Los espacios vacíos de la geografía, de hace más de cincuenta años, no existen hoy prácticamente. Especies de revoluciones han tenido lugar en los llanos (agrícola, pecuaria, forestal) y en Guayana (energético/industrial). También ha ocurrido una cierta revolución demográfica: el país se ha convertido en urbano, con todas las consecuencias de este cambio. Las proyecciones indican una acentuación de esta característica: Caracas, Maracaibo, Valencia, Barquisimeto, Barcelona/Puerto La Cruz, Maracay y Ciudad Guayana, centros urbanos en crecimiento, concentran la mitad

de la población nacional. Las condiciones de vida y trabajo están menos desequilibradas en el territorio que hace cuarenta años.

6. El petróleo no es una maldición. Tres ejemplos pueden mencionarse: Zulia, Anzoátegui y Monagas, regiones petroleras y al mismo tiempo de economía diversificada y progresiva. Sin embargo, no puede afirmarse lo mismo a escala global del país.
7. Existe una elevada concentración y centralización de actividades, población y bienestar relativo. La industrialización manufacturera se localiza en el arco irregular que va de Caracas a Puerto Cabello. La industrialización básica tiene su asiento, fuera de petróleo, en la parte nororiental de Guayana. La administración pública se centraliza en el Área Metropolitana de Caracas. Las decisiones públicas y privadas que afectan al curso de la economía nacional y a la sociedad son tomadas en la región metropolitana. Probablemente la reforma político/administrativa identificada con la elección directa de gobernadores y alcaldes contribuirá a modificar esa situación.
8. La crisis global que padece el país desde hace más de diez años está ocasionando cambios, aun incipientes y lentos, en el orden económico, social, administrativo, cultural y especial. Probablemente ocurrirán transformaciones significativas en la localización industrial, agrícola, poblacional y de servicios. La crisis, entre cuyos factores está la deuda externa, determina una contracción de recursos económicos, un descenso del nivel y la calidad de vida, una caída de la inversión privada, un aumento del desempleo y del subempleo, una reducción de la capacidad del Estado para atender las necesidades públicas y sociales, entre otros efectos. Para superarla se requiere una reordenación de la economía, una rectificación de patrones de comportamiento económico y social, un aprovechamiento racional de los recursos, una revalorización del trabajo, una descentralización administrativa y económica; en suma un cambio estructural.

9. La crisis afecta particularmente a la situación alimentaria de la mayoría popular, con grave riesgo para el crecimiento biosocial de las nuevas generaciones y para la salud de la población. Así, la seguridad alimentaria se convierte en una primera prioridad nacional. También la crisis hace más difícil el problema de la vivienda: entre un cuarto y un tercio de las familias no tiene alojamiento estable. La formación de nuevos hogares está gravemente limitada. La renovación de la sociedad está bajo riesgo de deformación.
10. La pobreza está desigualmente distribuida en el territorio. El mapa de la pobreza apenas presenta zonas aisladas de tolerable nivel de vida. El mapa socioeconómico urbano es dramático por sus contrastes agudos. La pobreza extrema ha crecido los últimos diez años.
11. La geografía de la crisis tiene dos planos de referencia: la agricultura y la industria; la primera amenaza de colapso si la política económica oficial no se modifica con respecto a esta actividad; la industria, por su parte, sufre su propia crisis dentro de la crisis general. El agotamiento del modelo petrolero primario/exportador no permite un crecimiento industrial de los recursos y dispendios que otorgue el Estado. En la nueva situación del país la industria debe transformarse tanto para atender cabalmente al mercado interno como para concurrir con éxito el internacional.
12. Una nueva industrialización tiene que basarse en el aprovechamiento de los recursos naturales y adquiridos del país: los hidrocarburos, los metales y los minerales no metálicos, la hidroelectricidad, para desarrollar actividades de transformación, en lugar de continuar siendo simples exportadores primarios. La agroindustria, la petroindustria, la mineroindustria, junto con la agricultura y la riqueza forestal pueden y deben ser elementos claves de la nueva economía.

13. Los cambios exigidos para la superación de la crisis tienen que resultar en una nueva ordenación del territorio, en un equilibrio interregional o intrarregional orgánico y dinámico, en la revalorización del espacio como fuente de riqueza, asiento de actividades y de la vida humana. La dimensión espacial de la planificación adquiere una elevada prioridad en este tiempo.

14. Cambios trascendentes ocurren en el mundo, el mapa geopolítico y geoeconómico de Europa se transforma y se hacen movedizas las fronteras entre los bloques mundiales de poder. La economía mundial podría estar en la ruta de una mayor integración y a las puertas de una nueva edad de oro. El desarrollo tecnológico está dejando obsoletas y rezagadas las economías primarias. Se impone la necesidad de una reorientación de éstas para no quedar como piezas sueltas en un mundo cambiante. Venezuela no está en las peores condiciones para sobrevivir en ese proceso. Pero se requiere una estrategia nacional visionaria, una voluntad sostenida, una verdadera gesta para la emancipación de la crisis, una nueva opción histórica.

BIBLIOGRAFIA

- Acosta Maruja (Isbelia Segnini y Germán Yanez): *Problemática del Subdesarrollo: Modalidades de Ocupación del Espacio en América Latina*, UCV, Caracas 1973.
- Chisholm, Michael: *Geografía y Economía*, Oikos-Tau, Barcelona (Esp.) 1969.
- COPRE *La Descentralización* (Una oportunidad para la democracia) Caracas 1989.
- Gusmão Pinto, J.M. (Coordinador) *Reflexões sobre a Geografia*, Ediciones AGB, Sao Paulo 1980.
- Sananes, Mery (y Agustín Blanco Muñoz, Coordinadores): *La Crisis, Responsabilidades y Salidas*, Cátedra Pio Tamayo, UCV, Caracas 1986.
- Santos, Milton *Le Metier de Geographe*, Paris 1971.
- _____ *Geografía y Economía Urbanas en los Países Subdesarrollados*, Oikos-Tau, Barcelona (Esp.) 1973.
- Varios *El Caso Venezuela*, (Una ilusión de armonía), Cromotip, Caracas 1984.